

Prólogo a la edición en español

A mediados de 2015, llegó a mis manos el libro de Susanne Jonas y Néstor Rodríguez sobre las migraciones de guatemaltecos (y otros centroamericanos) a Estados Unidos, que incluye un análisis selectivo en determinados lugares de origen de la emigración en Guatemala, así como algunos lugares de destino en Estados Unidos (sobre todo dos centros urbanos importantes como Houston y San Francisco), pasando por el peligroso corredor a través del territorio mexicano. El trabajo se enmarca en un parámetro conceptual, que trata de explicar las grandes tendencias macroeconómicas que moldean los patrones de comportamiento de la economía global y sus distintos componentes —diferentes países, en desarrollo e industrializados— así como la manera en que los espacios físicos que conforman el centro y el norte del hemisferio contribuyen al fenómeno que se examina.

En ese contexto se abordan muchos temas, incluyendo las diversas causas de la emigración en Guatemala, sus costos reales, morales y emotivos; sus potenciales beneficios, y lo que ocurre en el traslado de un lugar a otro —cuando no termina en la detención, la deportación o incluso la muerte— así como las penurias y a veces satisfacciones asociadas al arribo e integración en el lugar receptor.

Después de leer los primeros capítulos, recuerdo haber pensado que era una lástima que este importante y novedoso trabajo no estaba disponible en español. La emigración de guatemaltecos al norte, sobre todo a Estados Unidos de América, se había convertido en un fenómeno de primer orden para las ciencias

sociales en el país, dadas sus múltiples ramificaciones e impactos, tanto a nivel micro (en el seno familiar) como macro (a nivel de comunidad y a nivel nacional). Si bien se estaba acumulando información y análisis, en parte gracias a las encuestas pioneras de la Organización Internacional para las Migraciones y las incipientes investigaciones emprendidas, entre otros, por la sede académica en Guatemala de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, el material analítico disponible en el país no se compadecía con la importancia del tema, ni se extendía a explorar lo que ocurría con los inmigrantes en el país receptor.

Cierto es que la obra tuvo una presentación en Guatemala (el 4 de noviembre de 2015 en el Auditorio Luis Cardoza y Aragón del Centro Cultural Mexicano), pero ello, por definición, ocurrió ante un público limitado, y con poca discusión. O sea, la disponibilidad del libro ante lectores que no dominan el inglés seguía una asignatura pendiente. Afortunadamente, gracias a la iniciativa de F&G Editores, y una excelente traducción del inglés al español, el trabajo ahora tendrá la oportunidad de una divulgación mucho más amplia en nuestro país.

Ello resulta muy oportuno. Como se sabe, ya desde los años sesenta son múltiples los factores que llevan a numerosos guatemaltecos a buscar oportunidades fuera de nuestras fronteras, ya que el país palpablemente no ha generado condiciones para absorber productivamente a su población emergente ni ofrecerle los servicios sociales que merece y necesita. En el pasado, las motivaciones fueron de carácter económico, social, político y de seguridad personal, y a veces complementadas por las consecuencias de desastres naturales de gran envergadura. A lo largo de ese período, los flujos migratorios crecieron de manera exponencial, y se diversificaron desde todos los ángulos: étnico, de género, etario y estrato social. Ello obedeció no solo a los factores que impulsaban cada vez más a las personas a buscar oportunidades en el exterior, sino que también al creciente polo de atracción que constituían las crecientes comunidades de guatemaltecos establecidas en el exterior (principalmente en Estados Unidos) sobre todo para acoger a familiares y conocidos dejados atrás.

Si bien en muchos casos la migración condujo a un desenlace feliz (acaso más en Houston que en San Francisco, según las investigaciones presentadas en el libro), con aún mayor frecuencia se trató de una odisea de alto riesgo, incluso para aquellos que lograron su cometido de acceder a mayores oportunidades de trabajo remunerado. Ellos tuvieron que enfrentar enormes dificultades económicas y emotivas para ubicarse en medios tan radicalmente distintos a los que conocían, y al separarse de sus seres queridos. Según el libro, muchos superaron aquella situación; otros tuvieron vivencias menos satisfactorias.

Todo ello, en el marco de su infinita complejidad, se pone de relieve en esta obra, que se constituye en lectura obligatoria para cualquiera que se interese en la materia. Al menos uno de los ángulos que constituye el hilo conductor del libro se capta en la afirmación patética de uno de los interlocutores entrevistados por Susanne Jonas al afirmar: “Aquí no se vive; se sobrevive”. Pero al mismo tiempo, el libro relata cómo muchos de los compatriotas se superaron, y cómo la presencia del creciente número de guatemaltecos empezó a influir sobre el medio donde éstos se radicaron. Dicho de otra manera, y como la obra lo pone de manifiesto, las corrientes migratorias han tenido un gran impacto no solo en su lugar de origen, sino también en el lugar de destino.

Las cambiantes circunstancias que se han producido desde que concluyó el trabajo de campo recogido en el libro, hace ya casi una década, y que ameritan comentarios actualizados en el prólogo de los autores a esta versión en español, no le restan valor al análisis aportado; más bien, lo relevan, y ayudan a entender el contexto que se enfrenta en el presente, justo cuando sale a luz la versión traducida. Entre las tendencias recientes, cabe mencionar tres aspectos.

El primero y más obvio es un cambio notorio en la actitud de una creciente parte de la población en Estados Unidos (y también en Europa) ante la migración, legal e irregular, circunstancia que sin duda contribuyó a la elección de gobiernos de corte populista/nacionalista de distintas corrientes ideológicas en varios países desarrollados, como sorpresivamente fue el

caso en el país que nos ocupa, Estados Unidos. Ello, a su vez, ha conducido a políticas menos amigables o más hostiles ante los inmigrantes. Segundo, desde la oleada de migraciones de menores no acompañados originarios del “triángulo Norte” (El Salvador, Guatemala, Honduras) que tomó vuelo a partir de 2013-2014, ha surgido en la narrativa en Estados Unidos la idea (un tanto perversa) que esta nueva circunstancia desbordante constituye una amenaza a la seguridad de ese país. Tercero, a la altura de 2018, las remesas familiares que fluyen de Estados Unidos a los tres países mencionados se han convertido en fuente fundamental de la estabilidad macroeconómica. En el caso concreto de Guatemala, en 2017 se estima que su monto (casi 8.2 mil millones de dólares) se acercaba al total del valor de la exportación de bienes, y aportaba cerca del 10% del producto interno bruto, aunque también cabe advertir que el flujo de divisas generadas por las remesas tiende a una sobrevaluación estructural del quetzal, lo cual tiene un efecto de signo negativo sobre el crecimiento al castigar al sector exportador y alentar excesivamente las importaciones.

Ese nivel de dependencia, o interdependencia, ligada a las remesas familiares anuncia vulnerabilidades potenciales para la economía guatemalteca, y ciertamente para las decenas de miles de familias que dependen de las mismas. Dicho de otra manera, lo que hasta hace algunas décadas constituía para muchos un drama personal o familiar (pero a la vez no exento de casos de éxito y progreso), con el correr de los años se ha convertido en materia de sobrevivencia ya no solo para las personas directamente involucradas, sino para el país en su conjunto. Por eso, es importante conocer más sobre las interioridades de este fenómeno, y acaso cómo responder a las mismas. Una de las fuentes privilegiadas para ello aparece en las páginas que siguen.

Gert Rosenthal

La Antigua Guatemala, marzo de 2018